

Del muelle a la orquesta

Pedro Alfonso Morales

Colección: Narraciones

Del muelle a la orquesta

(Dos cuentos)

Pedro Alfonso Morales

El muelle que sabe a mar

Nunca emprendimos un viaje, pero siempre íbamos en el carrito verde oscuro para alguna parte de los estamentos de la ciudad. Una ciudad, capital, puesta al pie del lago Xolotlán, como si se bañara desnuda a mediodía, con una arboleda aldeana roída de automóviles, pues los agitados habitantes van en un convulsionado mundo de aquí para allá, espiando sinrazones y entuertos cotidianos. Ya la paciencia de los seres, sufría por un sopor de nubes cargadas de agua, que se burlaban con centímetros de lluvia.

Primero, me quedé atosigado con el ruido del motor en plena calle, a punto de reír, llorar o salir corriendo, pues se dilató un siglo de aventuras en la escuela, que fueron la tarde y la noche juntas, de las manos, riéndose, burlándose de mí, mientras leía los libros que descansaban en el asiento, junto a la guitarra dormida.

Casi lloré, cuando perdí la carpeta que tenía en mi espalda. Lamenté la pérdida de las notas y los libros que había llevado al Colegio Centroamérica, para animar a los niños de quinto grado, que habían leído mi obra. Pero nada usé a la hora de la plática, pues los chiquillos preguntaron tanto que casi olvido cantar o reírme y llegar a ellos como cuando yo tenía nueve años y confundía los números con las letras y la vida con la muerte.

Y padecí mi decepción y mi olvido... Ella telefoneó y comprobó con la secretaria, que nada había dejado en la

oficina, así que nada había perdido en la vida... ¿Y ésta que está aquí?, me dijo, riéndose, tocándome la espalda, donde aguardaba mi carpeta negra... ¡Me alegra que ya somos dos los locos!, dijo, mientras apretaba el acelerador, rumbo al este o al norte, quién sabe, y qué importa la senda, si no íbamos a caballo...

¡Me alegra que ya somos dos los locos!, me repetí. Una frase de aliento y consuelo en ratos de locuras y travesuras humanas, apropiada para guiñarse de las mechas y ceñirse con los ruidos de la ciudad para perder feliz el juicio y las razones de la vida.

Después, la monjita morena, con varias cartas bajo la manga de su hábito blanco, mientras decía socarronamente, una estirpe de palabras litúrgicas que terminaron en que la Semana Santa no es semana de vacaciones, sino una de recogimiento, una pausa con Dios en el camino, una reflexión sobre nuestras acciones y omisiones en la vida.

Y golpeaba el sentido, cuando expresaba sus sarcasmos benevolentes, llenos de intimidad espiritual, acompañados de risas y miradas inquisidoras. En cambio, ella vestida de tierno verde y crema, reía como recompensa de las palabras y bufonadas de Sor Morena quien regentaba el colegio de niñas... Son unas tártaras con chocolate, que quiere que me coma en mi dieta, me dijo, pero como no llegué a la exposición de las comidas, me reclamó con doble sentido...

Entonces, giramos a la izquierda, sobre unas matas apartadas con cariño, como si fuera un puerto, donde se escuchaba el rumor del agua y del viento, besando el muelle que despide o recibe las vidas. El nombre de El muelle que sabe a mar, me dio un gusto terrible, porque a

esa hora no encontré algo más apropiado para alimentar el cuerpo y el alma.

El nombre me quitó el hambre y llenó de alegría mi espíritu. Tal vez sea un nombre ridículo, pero en mi destino, fue el remo que buscan los corazones en el mar. Recuerdo que mientras miraba los barcos pegados en la pared y el timón de otro a la deriva, percibí un aire infinito que llevaba en una flauta imaginaria, la balada de Dios, una música de la que habla con amor, Eunice Odio.

Y mientras oía la música de Odio que es amor, apareció Van Gogh, trazando unas líneas verticales, empezadas en Vino tinto, poemario de música y pintura que aún estaba en veremos... Llegó un lúpulo en medio del pintor, ahora frente a nosotros con El Bosque, lleno de elogios y recuerdos, mostrándose como un campo verde, sincero, entramado en el color que nos hace buscar la vida.

Y Van Gogh iba en sus labios para acá y para allá, haciendo leña de mi bosque florido, mi pobre corazón... ¡Nunca antes, sentí tanto celo de un pintor muerto!... Ella, reía entusiasmada, con sus ojos achinados, lindos... Para entonces, ya nada quedaba de mi marisco con lúpulos.

Telica, 23 marzo y 3 abril, 2005.

La rica orquesta de vegetales

A Juan Centeno, José Luis Pereira y Baltasar Gutiérrez

Amadeus Mozart estaba no sólo inquieto y sorprendido, sino alelado por los adelantos de la ciencia en los reinos vegetal y musical. Ahora, como por arte de magia, fusionadas en comunes especias de gastronomía, sus legendarias sonatas y sinfonías, eran fraguadas en la cocina con sabor a pepino, zanahoria, remolacha, chayote y berenjena. Esta extraña combinación de verduras tropicales, alegre y alegreto, Do sostenido y Mi mayor, en más de una ocasión le produjo la dulce sensación de que mientras se tomaba una sopa ácida con chile, al mismo tiempo se tragaba *La flauta mágica*, *Las bodas de fígaro* y *Così fan tutte*. Y en la certeza se chupaba los labios.

En Viena, capital austríaca y puerto fluvial a orillas del Danubio, el mundo de la música giró ciento ochenta grados hacia la naturaleza vegetal, entre verduras y especias para colorantes y picantes. Sin embargo, tales hallazgos y sorpresas, no sólo impactaron a los músicos austríacos y a la musicología mundial, sino a los hortelanos, agricultores, comerciantes y vendedoras de frutas de los mercados. La Chon, una vendedora del Mercado Oriental de Managua, con veinte años en el ramo y diez de cultivar ocho manzanas de verduras en San Andrés de las Palancas en la periferia de la capital, vendía los pipianes, las chiltomas, las berenjenas, la hierbabuena, y los chayotes, a cinco dólares la docena. Un quequisque con un pedazo de yuca, todavía cubierto de terrones, se hallaba a un dólar, equivalente a quince córdobas en Nicaragua. Los pepinos verdes y aun los maduros, se cotizaban a siete dólares la docena.

Ricardo Wagner, eminente compositor y dramaturgo alemán, reaccionó molesto, fastidioso, tan enfadado y confundido, como decepcionado, botando la gorra y tirando la toalla. De igual forma, reaccionaron otros músicos como Antonio Vivaldi, Luis Bocherini y Ludwig Van Beethoven. A George Bizet, autor francés de la ópera *La arlesiana*, le parecía increíble escuchar *Minueto en La Mayor* de Bocherini, en un pepino verde tallado como violín de cedro. Camilo Zapata, el memorable compositor nicaragüense, creador del Son Nica, tan desencajado estaba con la noticia que, se montó en su caballo de Chontales, se dirigió a Masaya, la ciudad de las flores y del folclor, y pataleó en una hamaca de cabuya, tendida bajo los árboles de un solar abandonado de Monimbó, pueblo indígena y aguerrido de Nicaragua: ¡han hecho mierda la música universal!

El escándalo empezó en Viena. Un día sui géneris para la historia de la musicología mundial, cerca del Danubio, el río más largo de Europa, lejos de la batalla del Wagram, la ciudad entera anocheció agitada, casi se ponía en pie, alborotada, cuando la Primera Orquesta Vienesa de Vegetales, agrupación formada por ocho músicos, un técnico en sonido, y un cocinero de primera mano, interpretó con una calidad increíble, sólo comparable con *The Beatles* en los años sesenta y *The Bee Gees*, en los setenta, todo el repertorio de un concierto de veinte canciones, con nuevos instrumentos de vegetales. ¡Increíble! ¡Eureka!, dirían los buscadores de petróleo en las aguas cercanas al Cabo Gracias a Dios de Nicaragua.

El público, presintiendo la estafa musical que todos padecían con agrado, en vez de reclamos, abucheos, y rechiflas desde sus butacas en el Teatro Nacional de Viena, aplaudía emocionado, casi ensimismado, con el corazón en los oídos, escuchando una impecable melodía como el

Danubio azul de Johann Strauss en una berenjena. Cuando la orquesta ejecutó la Minga Rosa Pineda y la Flor de mi colina del Clarinero Mayor de Nicaragua, a través de un pepinógrafo y un chayotógrafo, la concurrencia aun sin conocimientos del baile folclórico nicaragüense, zapateó con algarabía el Son Nica sin muchas dificultades. Lo hermoso era observar cómo se movían, levantando las manos con un sombrero imaginario que lanzaban sobre los que permanecían sentados, atónitos, petrificados, oyendo el concierto de una orquesta de vegetales que asombraba con la música que interpretaban de forma impecable.

Ludwing Van Beethoven, con su *Fidelio* en Fa sostenido mayor, no atinaba la razón de aquel éxito de los músicos vieneses, a tal punto que en la zona meridional austríaca y otras partes de Europa y América, se multiplicaron los hortelanos, los comerciantes, los agricultores y nuevos sembradores de vegetales y verduras. Por todos lados aparecían agricultores y productores con técnicas avanzadas en monocultivos y pluricultivos, cosechando en grandes cantidades, lo mejor de los ayotes, pepinos, berenjenas, zanahorias, chile, tomates, chayotes, pipianes, nambiras, papayas, granadillas, quequisques, papas, chiltomas, repollos y remolachas. Además, las ventas en los mercados nacionales e internacionales, aumentaron en un cuarenta por ciento más que los últimos cuatro años juntos, según los cálculos de economistas serios y de reconocido prestigio, como Martín de la Cuenca, del *Grupo Fideicomiso* y Orlando Ñurinda de *Agrosomodo*.

Por otro lado, investigadores científicos de las universidades vienesas y consultores del INCAE centroamericano, señalaron su gran preocupación por las bajas ventas de instrumentos musicales en diferentes países del mundo. Por ejemplo, en la *Johann Strauss* de Austria, ubicada a una cuadra del Teatro Nacional,

durante el presente año, han logrado vender solamente, dos cornetines y un viejo cencerro. En la *Pavarotti Música* de Florencia, Italia, han sido encargados dos bolillos para marimba, un acordeón con varias lengüetas oxidadas y una mandolina de catorce cuerdas, casi como un soneto de Quevedo, pero nadie los ha llegado a retirar, como en un complot para quebrar el establecimiento de instrumentos musicales. En la *Juan Bambach* de Managua, Nicaragua, vendieron solamente y hasta con créditos a seis meses de plazo, dos tambores y una lira, a pesar de que se aproximaban las fiestas patrias y estos tipos de instrumentos son muy solicitados para tales ocasiones festivas y patrióticas.

Algunos músicos de la zona cuentan que hasta una tragedia ocurrió en el barrio San Felipe de la ciudad de León, Nicaragua. Ellos señalaron que en el taller de guitarras de Los Hermanos Larios, ubicado de la Clínica San José, dos cuadras abajo y media al norte, dos trabajadores de dicho taller, viendo tantos instrumentos que no cabían colgados en la sala y hasta ocupaban los aleros de las casas vecinas, se agarraron a guitarras limpias y uno de los hombres murió ahorcado, cuando el otro, le enrolló en el cuello las seis cuerdas de una guitarra nueva. Paulino Medina, médico forense de la ciudad, quien le practicó la autopsia al trabajador del taller de guitarras, y sus resultados presentó ocho horas después, señaló que la muerte se produjo por un shock hipovolémico, debido a la sección completa de la vena yugular izquierda en la que se le había incrustado la cuerda prima de la guitarra.

En realidad, la revolución musical y vegetal de la *Primera Orquesta Vienesa de Vegetales*, se fundamentaba en la afinidad cercana y sobrenatural de los ruidos y los vegetales en el hombre. Ambos elementos constituyen para la vida humana, el primer alimento recomendado por los

especialistas del desarrollo biológico y musical. Filipo Tomate, director de la orquesta vienesa, se empeñaba en proclamar que producía sonidos originales que no conseguía con otros tipos de instrumentos. Estos nuevos sonidos y ritmos, llevan una especie de cóctel para la vida íntima, repetía el hombre hasta la saciedad.

Sin embargo, conocidos músicos contemporáneos de América y Europa, como Lecuona, Pavarotti, Serrat, Tun Tun, Cabral, Mena el divino leproso del Río Chiquito, el maestro Higinio Flores, el maestro Roberto Herrera, Chico Pereira, Pedrón Ramírez, Miguel Chavarría y otros, atribuían tanto éxito musical, al desconocimiento casi total que los aficionados tienen de la música clásica y popular... Usted le suena una lata con cuatro palos y le aplauden encantados, como si fuera la Sinfónica de Londres, repetían los músicos, ya al borde de la risa y la burla, sosteniendo que la plebe no sabe de música ni de pepinos.

Tal vez lo que los músicos desconocían era que, como fuente original de estas nuevas manifestaciones musicales, estaba la combinación de los oídos, el estómago y el paladar en una cumbia, vals, bolero o merengue, aderezado con suficiente pimienta, gusto, creación y antojo. Era la propia *Primera Orquesta Vienesas de Vegetales*, la que fabricaba sus instrumentos, ya que Rico Salero, uno de sus integrantes, era cocinero experto en aperitivos de vegetales. Rico Salero, un hombrón de seis pies de altura, que usaba una pañoleta negra amarrada en la cabeza, iba al mercado a comprar todas las verduras necesarias para el concierto. Y en un santiamén, elaboraba con cuchillo de doble filo, todos los instrumentos necesarios para cada concierto en el Teatro Nacional de Viena. Y mientras los hacía, iba probando uno a uno aquellos sabrosos manjares vegetarianos que después terminaban en una olla o en un perol.

Al final de cada concierto, en una especie de alharaca, el cocinero miembro de la agrupación musical, preparaba una sopa borracha con todos los instrumentos de la orquesta, de modo que, lo que antes se había disfrutado con los oídos, ahora también, el público lo gozaba con la boca, atragantados, oyendo pitazos, ritmos de rumbas y amaneceres, solos de trompeta, redobles de tambores, bajos y contrabajos espeluznantes, requintos amargos de guitarra y hasta carcajadas de saxofones desafinados en sus estómagos, después de la cena enloquecedora.

Telica, 26 de octubre, 2002.

(Cuento tomado del libro «Apuntes sobre las últimas noticias del periódico», de Pedro Alfonso Morales, obra ganadora de los Cuartos Juegos Florales Centroamericanos, Belice y Panamá, el 22 de septiembre de 2005. El libro fue publicado por Editorial Universitaria, UNAN, León, en el mes de diciembre de 2007).